



PREMIO IBEROAMERICANO DE POESIA PABLO NERUDA 2013

Discurso de agradecimiento de José Kozer

Chile, país de poetas.

Cuba, país dividido a cuya reconciliación aspiro.

Sr. Presidente de la República de Chile Sebastián Piñera.

Sr. Ministro de Cultura de Chile Roberto Ampuero.

Sr. Presidente de La Fundación Pablo Neruda Juan Agustín Figueroa Yávar.

Sr. Vicepresidente de la Fundación Pablo Neruda Raúl Bulnes Calderón.

Miembros del Consejo Nacional del Libro y la Lectura.

Miembros del Jurado del Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda 2013.

Poeta primordial Pablo Neruda, presente.

Sr. Sebastián Astorga del Consejo Nacional del libro, amigo.

Guadalupe Kozer, que me acompaña y por qué no decirlo me aguanta hace 40 años, milagro de milagros.

Señoras y señores.

Al agradecer el Premio Pablo Neruda 2013 que Chile otorga a poetas que escriben en lengua española, quiero aprovechar la ocasión y ceñirme a dos consideraciones, una de carácter personal, otra que implica el estado general y actual de la poesía en nuestro idioma.

Primera consideración: un poema es una estructura, un contenido, una relación verbal, un hecho que surge a la vez de un oficio, para mí artesanal y cotidiano, y por otra

parte de un misterio que pese a los años de trabajo y de oficio, sigue siendo extrañeza y desconocimiento.

Los antiguos lo atribuían a las Musas, yo lo hubiera incluido no sólo entre las Musas sino también entre las Parcas. Los modernos, a partir del Romanticismo, hablamos de inspiración. Ahora bien, a mi juicio, un poema es por encima de todo un tono, el tono lo vincula a la música y por tanto al oído. Es oda, canto, y al alzarse hacia Dios, que es nuestro mayor desconocimiento, se vuelve Cántico. Su tono lo distingue, singulariza al poeta en cuanto individualidad, y a la poesía en cuanto modo diverso de expresión. Todo lenguaje, habla, cultura, tiene su tono. Si el oído del poeta, en el momento de la creación, se deja llevar por el tono que su lenguaje, habla y cultura, y que su propia interioridad le dictan, es muy probable que el poema fluya con naturalidad desde un equilibrio y un estado de desconocimiento, que el propio derrotero del poema impone.

En un poeta con voz propia, en un poema logrado desde la perspectiva de una voz propia, el tono, por regla general, es polivalente, polimorfo, y puede moverse de lo atonal a lo melodioso, alejarse de lo monocromático y de lo unívoco, participar de la pluralidad y diversidad de posibilidades, acarreado materiales de toda índole: sublimes, escatológicos, cercanos al lodo, merodeando cimas y cumbres trascendentes: en un poema cabe de todo.

El poeta abierto a la múltiple expresión y a su oficio, desde una seriedad compleja, sabe guiarse por la textura profunda del buen oído, y por las capas de ese oído, capas que van de lo externo, a lo medio, a lo interno, y que participan del martillo, del yunque, del caracol: qué bello, qué importante para el poeta, el oído caracol.

Y desde el oído, la entrega amorosa, contenida y desbordada, en un sentido moderno inspirada, de cuyo desenlace o cristalización, surge un poema: éste en resumidas cuentas es un entrecruzamiento de tonos donde lo auditivo contiene otros sentidos, de modo que el ojo es oído, el oído mano, la mano que palpa es la boca que ingiere y paladea, lo ingerido, olfato, aroma diluido sutilmente en la estructura del poema.

Al igual que el idioma chino varía los tonos, que como mínimo son cuatro, el poema ha de alternar y alterar los tonos propios, intrínsecos al poema y al poeta, en su decurso. De esta experiencia surge un nuevo ente que es factura y manufactura (recordar que el poema se hace con la mano, que pese a los avances tecnológicos el poeta escribe a mano) tiene mudanza, envío, permuta, intercambio tonal: forja una armonía desde el crisol de la mente, desde la fragua del corazón. Puede, como sucede con mucha de la poesía moderna, contener ruptura, cascajo, desprendimientos y lava, seísmos y resquebrajamientos.

El tono es nacional y más allá de lo chileno, lo cubano, lo colombiano, lo peruano, lo dominicano o puertorriqueño, es parte integral de un lenguaje que llamamos el español: dentro de éste, los tonos participan de clases sociales, épocas, y pueden ser personales y de intimidad, o generales y parecidos los unos a los otros.

Ahora bien: cuando yo era joven, y créanme que lo fui, in illo tempore, mi habla sólo contenía un tono, el cubano. Habla no sólo cubana sino habanera, de una clase social morigerada y comedida que hablaba de una cierta manera, manera de época y de condición social. Habla que tenía sus normas y prohibiciones. Empecé de muy joven, con unos 16 años de edad, a escribir poesía: ésta participaba del tono cubano que aquí menciono, y la poesía que de mí nacía era no sólo pueril, volcánica, informe, sino por encima de todo, unívoca en su tono: el tono de una casa, una familia, un barrio, unos amigos, unas novias (perdón, Guadalupe) una ciudad: y un país, Cuba.

Sin embargo, dado que la vida es inestabilidad, me vi expulsado y me expulsé a mí mismo de mi país con 20 años de edad. Me fui entonces a vivir a Nueva York, que era vivir en otro idioma, otra cultura, otra manera de percibir la realidad, y de enfrentarla. Ardua ciudad que también conociera José Martí. Ciudad en la que deambulé, me gané el pan, y crecí en numerosas direcciones, ciudad donde pasé 37 años de existencia azarosa, variada. Ciudad donde en 1960, a mi llegada, no se hablaba ni pajota de español. Me vi obligado al inglés, y con el inglés, a nuevos tonos de expresión formal e íntima, tonos que

no obstante no me servían a la hora de la escritura, ya que escribía, quería escribir, en español. No concibo a un poeta escribiendo en lengua que no sea la materna.

Hacia 1970 el español, Deo gratias, fue apareciendo en Nueva York, con fuerza irreprimible, y desde la diversidad de hablas que configuran nuestras naciones. Con el tiempo mi tonalidad cubana se vio influida por tonos caraqueños o limeños, tonos argentinos y uruguayos (son sin duda diferentes) pero en cuanto experiencia tonal primigenia, más allá de mi tonalidad cubana, el primer tono que me afectó, que cambió mi registro poético y por ende ciudadano y humano, fue el chileno.

Cosa curiosa: había estado varias veces en México, el tono mexicano, pegajoso como pocos, se me inmiscuía en mi riego sanguíneo, sin embargo, a la vuelta, en menos de lo que canta un gallo, se esfumaba. En el caso del tono chileno, país que aún no había siquiera visitado, al adentrarse en mí ese tono, noté que era con fuerza permanente, como si mi hemoglobina se hubiera vuelto parcialmente chilena, como si los leucocitos en mí cantaran y canturrearan en chileno. Mi vida, mi poesía, cambiaron, gracias a la amistad que en la década de los 70 me unió a Nicanor Parra, y gracias a la amistad que ya en la década de los 80 me unió a Gonzalo Rojas, Enrique Lihn, Gonzalo Millán, Arturo Fontaine Talavera. Fue una explosión, si se quiere una explosión chilena: mi vida se amplió, sucumbió lo cubano para dar paso a lo chileno, lo chileno hizo luego aguas para dar de nuevo paso a lo cubano, y la mezcla, la amalgama, lo que los cubanos llamamos un arroz con mango, conformó la poesía que desde los años 70 y 80 hago, hasta la fecha.

Segunda consideración: grosso modo, dos son las manifestaciones de la poesía, una lineal, más directa, episódica y transparente, poesía conversacional que abrumba menos y menos apela a los recursos estilísticos, y otra que es enredijo barroco y neobarroco, más densa y dificultosa a la hora de su recepción, poesía de espirales, vericuetos, paréntesis, digresiones. Ésta, recurrente, tiende a usar más que la otra el lenguaje figurado, a ser más inventiva a nivel lingüístico, se prolonga entre metáforas, símiles, anacolutos, intertextualidades, metonimias, anfibologías, y no sigo para no caer pesado. Dos poéticas que quiérase que no tienen una larga historia, forman parte de dos

visiones y de dos tradiciones, y ha dado poesía y poetas, ha dado poemas, dentro de ambos registros, de incuestionable valor. Registros que dicho sea de paso, se mezclan entre sí, ya que no son dos registros estancos y que operan con exclusividad en blanco y negro.

Sin embargo, y lo digo con tristeza, estas dos poéticas, estas dos tradiciones que deberían caber en la huerta única del Señor, convivir y relacionarse, aprender una de otra, mezclarse en armonía y desde una respetuosa aceptación del otro, y de lo otro, se han convertido en dos modos enemigos del quehacer poético, dos modos atrincherados en enemistad, que en vez de apoyarse para apoyar la Poesía, llevan tiempo poniéndose la zancadilla, andando a la greña, tratando de pegarse la puñalada trapera. Y esto, dicho así, para no emplear términos procaces.

En el Siglo de Oro español y asimismo en América Latina, imperó la forma barroca; a partir del Romanticismo y sobre todo desde mediados del siglo 19, impulsado luego por la poesía conversacional norteamericana, ha imperado e impera la expresión poética directa, menos figurada y selvática, más nítida. A la fecha, una minoría a la que en parte pertenezco, escribe al modo barroco, o si se prefiere neobarroco, o quizás aún mejor, escribe una poesía del lenguaje, y en cuanto tal una poesía de la dificultad. La otra, la conversacional, ha sido durante largas décadas, y es en la actualidad, mayoritaria. Las implicaciones, en las que no me voy a adentrar para no alargar mis palabras, y porque no es el momento, son numerosas. Creo que esta situación ha ido cambiando últimamente: el mismo Premio Pablo Neruda ya cuenta en su haber a tres poetas de escritura más densa y, disculpad el neologismo, “vericuetera”: Carlos Germán Belli, Carmen Berenguer, y un servidor.

Así, tomo con alegría el galardón recibido, lo considero una buena señal: más que un guiño de ojo efímero o chiripa, quiero ver este Premio que se me otorga como un gesto ecuménico, de aperturismo a lo plural, a una pluralidad en la que creo a pies juntillas. Sin esa pluralidad no habrá paz. Sin esa visión abierta y amplia no habrá crecimiento de ninguna índole. Sin levantar las trincheras y sentarnos a una mesa a

compartir, convivir, diferir, no habrá un mundo poético más entremezclado y complejo que permita una mayor difusión de la poesía, difusión que considero de enorme valor social, ya que un país que no lee y que no lee poesía, es un país que se anquilosa, que se apaga, que deja de madurar.

Quiero pedir a quienes hacen poesía, y para quienes la poesía es una parte esencial de la existencia, que reflexionen de una vez por todas y dejen de atacarse, de estar a la defensiva, hecho que a todos daña y que al dañarnos daña la Poesía. Impetro a los poetas de lengua española a que depongan la irritación, la ambición exclusivista, el denuesto, la innecesaria belicosidad agreste, violenta, y en su lugar se den la mano y compartan sus disímiles puntos de vista, que nacen de la riqueza del trabajo que hacemos, y son riqueza para el mundo y sus naciones.

Y termino diciendo que hoy es la primera vez en 40 años que me pongo un traje, que me presento en público de cuello y corbata. Espero que en el Olimpo me perdonen esta infracción.

Muchas gracias.

cc: José Kozer